ESPIRITUALIDAD DEL CARISMA

P. Jesús Castellano Cervera, OCD.

INTRODUCCIÓN

Carisma y teología espiritual

Existe hoy una atención especial de parte de la teología espiritual a la acción del Espíritu en la Iglesia, en conformidad con la Pneumatología del Vaticano II en la LG 4 y 12, y con particular atención a nuevas propuestas, síntesis, riquezas y actualizaciones en varios sectores de la vida de la Iglesia. La Teología Espiritual cuenta entre sus funciones la de la atención a la experiencia espiritual cristiana con una misión de escucha a la acción del Espíritu Santo y de discernimiento de sus dones. Es deber suyo escrutar la acción del Espíritu y en la historia. Con una reflexión de fe, desde las fuentes de la Teología espiritual que son la Palabra de Dios y el Magisterio, sobre la historia que es el lugar de su presencia y de su experiencia.

Carisma y espiritualidad

Un primer intento de la importancia de la atención de la Teología a los carismas nos viene de esta reflexión del P. Federico Ruiz, ocd.: "lo que tenemos entre manos es mas que un simple tema. Es una realidad viva, preciosa, frágil. Es una gracia que el Espíritu Santo suscita y alimenta. Y es a la vez la propia vida con sus experiencias y proyectos". Una realidad de consagración y de misión, con su responsabilidad personal y colectiva, con su dimensión de interioridad y de servicio.

La espiritualidad reivindica una mejor comprensión del carisma tras otros tratamientos que son de tipo teológico, jurídico, sociológico, psicológico. En definitiva se trata de una vida, de una vida espiritual, de un organismo vivo, animado por el Espíritu Santo. Desde esta luz del don y de la respuesta explicar el sentido y el alcance del carisma¹.

Una reflexión general

En este momento tratamos de hacer sólo una reflexión de tipo general. Pero escuchándola cada uno puede sentirse interpelado en su propio carisma. Sentir la resonancia de cuanto quiero exponer es ya como un criterio de discernimiento para constatar si realmente nos encontramos en esta perspectiva, si la palabra encuentra eco en el Espíritu y en la vida de cada uno de los que están llamados a vivir un carisma.

Se trata en este momento de hablar ante un organismo vivo que representa la fuerza y la vitalidad de un carisma joven en la Iglesia, con un Fundador en vida. De aquí la delicadeza de ciertas alusiones de tipo general que podemos encontrar en la espiritualidad del carisma, en lo que se dice a propósito del carisma de fundación y de la experiencia de los Fundadores².

I. Aspectos de la espiritualidad del carisma en la perspectiva del Magisterio

A. De la "Mystici Corporis" a la "Lumen gentium"

La fuente de una reflexión moderna acerca del carisma de la vida religiosa lo encontramos inicialmente en la *Mystici Corporis* de Pío XII en el año 1943. Nace de la orientación del Papa en la consideración del conjunto de la vida eclesial bajo la perspectiva de comunión en el Cuerpo Místico. Y supone una relectura del aspecto evangélico y cristocéntrico del carisma: una experiencia del misterio de Cristo en su relación con el Padre y con los hombres, el consagrado y el enviado, como recuerda, citando la fuente de Pío XII, el Vaticano II en la *Lumen Gentium* 46.

Una perspectiva histórico eclesial de lo que es un carisma está subrayada sobre todo por el Decreto *Perfectae Caritatis* 1. Los carismas históricos de la vida consagrada son dones y gracias del Espíritu para la misión universal de la Iglesia. Es el Evangelio desplegado a través de los tiempos con sus palabras vivas que son los diversos carismas del Espíritu que dicen siempre Cristo al mundo con diversas modalidades y en una recíproca complementariedad.

La reflexión magisterial prosigue con la *Evangelica Testificatio* de Pablo VI, II. El Papa habla del carisma como criterio seguro de renovación espiritual, fruto del Espíritu que siempre actúa en la Iglesia.

B. La síntesis espiritual de "Mutuae Relationes" (1978) nn. 11-13

La nueva reflexión se coloca dentro de la perspectiva teológica de la Iglesia comunión. Es un don del Espíritu dentro de la comunión orgánica, para la misión eclesial, dentro de la complementariedad y reciprocidad de los dones, en la Iglesia local y en las Iglesias locales.

Y en esta orientación se subraya la doble perspectiva de la vocación y del carisma en conformidad con el misterio y misión de la Iglesia, como una llamada a la santidad y a la misión.

La descripción del carisma de los Fundadores tiene, pues estos puntos fundamentales y trae estas consecuencias:

Es una experiencia del Espíritu, transmitida a sus seguidores y discípulos, para ser por ellos vivida, conservada, profundizada y constantemente desarrollada en sintonía con el Cuerpo místico de Cristo.

Son funciones y gracias del mismo Espíritu: la vida que empieza, la gracia que se transmite, la capacidad de una nueva experiencia vital, personal y comunitaria, el conservar y el desarrollar la gracia inicial en sintonía con la acción del Espíritu en la Iglesia. Requiere una comunión indispensable con la gracia de los orígenes y un discernimiento constante. Supone una gran responsabilidad de vivencia espiritual, para proceder adelante, casi por connaturalidad, en la atención a la acción del Espíritu en la Iglesia.

Lo específico del carisma es, pues, en este contexto:
- un estilo específico de santificación y de apostolado;

- una determinada tradición espiritual que se va convirtiendo en patrimonio de la familia;

- una identidad que hay que salvaguardar; hay que favorecer su inserción en la Iglesia universal y en las Iglesias locales que no sea vaga o ambigua, para no privar a la Iglesia del don del Espíritu.

Elementos dinámicos del carisma y de su espiritualidad son:

- una cierta carga de genuina novedad en la vida espiritual, de animosa creatividad en el apostolado, a veces incomprendida y hasta conflictiva, en medio del ambiente;

- una fuerte experiencia espiritual: fidelidad al Señor y docilidad a su Espíritu;

- una gran capacidad de discernimiento: atención a las necesidades, a las circunstancias, a los signos de los tiempos;

- un exquisito sentido de comunión eclesial con el Papa y los Pastores de la Iglesia que se traduce en inserción activa y subordinación jerárquica;

- una caracterizadora dimensión apostólica y misionera: audacia en las iniciativas, constancia en el trabajo, humildad en los contratiempos, dimensión pascual del carisma por una necesaria experiencia de muerte y de resurrección.

Todo ello conlleva una responsabilidad personal y colectiva para insertar armónicamente los propios carismas y cualidades personales para enriquecer, desarrollar y rejuvenecer constantemente el don del Espíritu, con grande cohesión comunitaria, bajo el discernimiento de la autoridad y en obediencia a ella.

II. Aspectos espirituales del carisma: una reflexión desde la experiencia

A. La experiencia espiritual del Fundador

En el origen de un carisma eclesial encontramos siempre una experiencia del Espíritu, vivida por la persona elegida por Dios para realizar una obra suya en la Iglesia. Es pues motivo de estudio y reflexión, de comunión e imitación: la experiencia inicial, los textos fundamentales de doctrina y experiencia, los propósitos, los grandes principios espirituales, la evolución, sus frutos.

En todos los Fundadores hay siempre una constatación y es que las obras que de ellos nacen tienen el sello de Dios, se manifiestan en la superación de los muchos' obstáculos humanos, en la fe y en la fortaleza con la que se cree que nada es imposible a Dios.

Dios, además, enriquece a los Fundadores con una gracia de paternidad espiritual que se manifiesta en el dar la vida por la familia y transmitir la vida espiritual a la familia que Dios le ha otorgado. Todo ello comporta un aspecto de sacrificio y una dimensión positiva de transmisión de la vida y por lo tanto de fecundidad espiritual.

Es importante también descubrir en la persona del Fundador ese aspecto de pedagogía espiritual que lo capacita para atraer a las personas como líder espiritual, educarlas como pedagogo, con la sabiduría que sabe encarnar los prin-

cipios en normas de vida, a veces con la capacidad de orientar y equilibrar todos los aspectos de una auténtica formación integral de las personas en torno a un valor clave de la vida cristiana.

B. *La gracia de comunión con el carisma*

Se trata de una gracia misteriosa, enraizada en la misma vocación que permite entrar en comunión con el carisma fundacional, con la persona misma del Fundador para que las personas que adhieren al carisma se abran, casi instintivamente, por conaturalidad espiritual, a la comprensión y asimilación de su mensaje, con docilidad.

Esta gracia es algo más que una simple formalidad jurídica de adhesión externa a una familia religiosa. Es una misteriosa gracia de comunión con el centro del carisma y con los que lo comparten.

Supone por lo tanto una capacidad interna de identificación con el espíritu y normas, obras y proyectos, y sobre todo con las personas que comparten el carisma. La vocación se ve como una misteriosa convocación que crea la cohesión interna, incluso ante las dificultades, la participación generosa, el "nosotros" convencido de un Instituto, el sentido de cuerpo y de "familia". De aquí que, al límite, la fidelidad al carisma se manifiesta en la capacidad de sufrir por la misma familia, porque sólo se ama de veras aquello por lo cual se ha sufrido y se ha dado la vida

Finalmente, toda auténtica gracia carismática se propone como un entusiasmo por la propia vocación, un deseo de realizarla en sus exigencias de santidad y de misión, y por lo tanto de extender el propio carisma al servicio de la Iglesia.

C. *Notas características de esta experiencia espiritual en el hoy de la Iglesia, a la luz de la teología espiritual*

Si tuviéramos que hacer ahora una síntesis vital de lo que supone o ha supuesto en la reflexión y la experiencia de muchos religiosos y religiosas el contacto vivo con el propio carisma, creo que podríamos elaborar una serie de notas como fruto de experiencia viva. Sobre todo si partimos del principio que el redescubrimiento del carisma fundacional ha sido la clave de renovación de la vida religiosa en los últimos años y su esperanza para el futuro.

Vamos a intentar enumerar algunos factores aunque sólo sea de forma esquemática y casi alusiva:

a) La novedad y el dinamismo en la comprensión de la propia vida consagrada en general y en cada uno de sus aspectos, a partir del aspecto "carismático" de la Iglesia y de ser también *communio sanctorum*.

b) El redescubrimiento de la experiencia inicial y la valorización de los propios orígenes como historia de salvación con la consecuente revalorización de los hechos, las personas, los escritos y el mensaje fundacional, con su influjo concreto en la propia legislación y formación.

c) En general esto ha acentuado en muchas Congregaciones la necesidad de una mayor clarificación carismática en momentos en que han entrado en crisis, por los necesarios cambios coyunturales, otros factores externos de identificación, con una con-

secuente acentuación de la propia espiritualidad y misión en torno a valores sustanciales y a servicios apostólicos mas significativos.

d) Profundo sentido de identificación y sentido de familia y de comunión en un momento en que se han podido manifestar aquí y allá fuerzas centrifugas y factores de crisis. Todos tenemos experiencia que la fraternidad y el sentido de familia de un Instituto es una sorpresa gozosa que tiene sus momentos fuertes de experiencia en los gozos y los dolores que se comparten a nivel de todos los que viven el mismo carisma.

e) El carisma es como la sangre espiritual de la familia que nos hace hermanos y amigos. Por eso una educación progresiva en la formación supone una también progresiva identificación con el Instituto, hasta no saberse reconocer si no es a partir de esa vivencia y de esa historia.

f) La acentuación del carisma permite también ofrecer una propuesta vocacional encarnada a los nuevos candidatos a la vida religiosa de un Instituto, con una constatación gozosa de la capacidad que el carisma tiene de encarnarse y de extenderse en toda la Iglesia.

Aquí radica la esperanza para el futuro. La fidelidad a la obra del Espíritu con su dinamismo es garantía de futuro en la medida en que el carisma estará en comunión con la Iglesia y se pondrá al servicio de la Iglesia.

h) Finalmente, hoy se subraya con fuerza la llamada de todos los carismas a la unidad y a la colaboración, a la ayuda reciproca, porque en el designio y en la obra del Espíritu todos los carismas son fragmentos de un lodo aunque puedan tener todo lo necesario "católico" en cada uno de los fragmentos, pero están finalizados a la unidad y a la comunión y tiene que crecer en esta visión de la Iglesia comunión. Y esto exige atención a la colaboración, a la complementariedad, a la reciprocidad de los carismas.

III. Cinco dimensiones espirituales del carisma

Una reflexión de teología espiritual acerca de un carisma de la vida consagrada se puede hacer a partir de estas coordenadas que son como cinco grandes dimensiones de vida, con sus repercusiones en la espiritualidad concreta, en la consagración y en la misión.

A. Aspecto cristológico y evangélico

Si queremos profundizar ahora mas a nivel teológico acerca de la espiritualidad de un carisma hemos de ir a la raíz de cada uno de ellos en la perspectiva del Magisterio de la Iglesia.

La raíz de un carisma se encuentra en la vida misma de Cristo, en la imitación de un aspecto de su vida o de su misterio de salvación que ofrece la síntesis vital del todo porque es rico, significativo (oración, pobreza, predicación, misión...). Tal es la perspectiva de la *Mystici Corporis* y de la *Lumen Gentium*. Pero es necesario puntualizar algunas cosas:

- la perfecta medida del carisma se encuentra mas que en el Fundador en Cristo;
- el Fundador lleva a Jesus y descubre su faceta particular en el corazón de su misterio.

En este sentido podemos afirmar que cada carisma, por obra del Espíritu Santo, descubre e intenta realizar una palabra evangélica, una palabra del único Verbo (C. Lubich). Cada carisma es como una ventana que se abre por primera vez por la acción del Espíritu e ilumina con su luz de una forma inédita el corazón del Evangelio e invita a vivirlo con una nueva y original síntesis de espiritualidad y de apostolado (von Balthasar).

En torno a un aspecto se entrelazan, por decirlo así, todas las exigencias evangélicas, como un haz de valores esenciales que el carisma recoge, reúne y ordena. Y en el fondo de cada carisma hay que buscar y encontrar la realidad del amor de Dios y del prójimo que florece de una forma particular e inédita, porque la raíz de todos los carismas es el amor. Y en el amor está precisamente la posibilidad de una comunión de unos con otros, para que todos sean uno. Así la Iglesia es como el Jardín donde florecen todas las flores de los carismas, cuyas raíces tienen todas vida, porque chupan de la misma savia vital que es el amor.

El aspecto cristocéntrico y evangélico fundamental de cada carisma ilumina todos los demás elementos y les confiere fuerza y dinamismo. Siendo imitación y comunión con Cristo, es siempre un aspecto de santificación, o cristoconformante, que nos ayuda a entrar en los sentimientos de Cristo en su forma más plena.

Por eso es necesario subrayar también el hecho que la fuente y la meta de todos los carismas, la expresión culminante de cada uno se encuentra en el corazón de Cristo y en particular en el corazón de Cristo Crucificado y Resucitado, en el que cada uno y todos los carismas encuentra su máxima realización y su punto de unidad.

B. Dinamismo de la grada del Espíritu Santo

Todo carisma es expresión de la acción renovadora y rejuvenecedora del Espíritu Santo en la Iglesia, a la luz de LG 4. Y los Fundadores y Fundadoras, como hombres y mujeres en la vanguardia del Espíritu se ponen a su servicio, con su propia humanidad y carácter, desde su historia concreta.

El Espíritu encuentra en ellos intérpretes y traductores de las nuevas necesidades históricas del Reino de Dios; ellos son exegetas de la palabra viva y de aspectos nuevos o renovados del Evangelio de Cristo y de sus valores humanos y espirituales. San Juan de la Cruz tiene incluso una teología del carisma de los Fundadores que pone de relieve la particular grada del Espíritu Santo que llega a suscitar una gracia de paternidad según la medida del carisma, su importancia eclesial en el plan de Dios, la difusión de su herencia espiritual en la Iglesia³.

Atentos a los signos de los tiempos abren nuevas perspectivas y fronteras a la acción del Espíritu a través de la Iglesia y son capaces de suscitar nuevas vocaciones. Por eso, aunque algunas necesidades particulares de un lugar o de un tiempo sean la base del nacimiento de un carisma, en la medida en que los valores son evangélicos y las situaciones concretas se encuentran ya inicialmente en el carisma, como palabra viva del Evangelio, éste tiene un poder que sobrepasa el tiempo y hace que pueda hacerse presente en toda la Iglesia.

Es pues el Espíritu quien abre constantemente en el corazón de la Iglesia, a través de sus carismas y de su constante renovación, la capacidad de servicio en la contemplación, en la acogida de las personas, en la extensión a las iglesias jóvenes o ne-

cesitadas de un nuevo impulso, como ahora en los países del Este de Europa. Medida de la dimensión carismática auténtica es no el narcisismo sino la extroversión eclesial, la pro-existencia del carisma, su humilde ponerse al servicio del Reino y ofrecerse a la Iglesia para colaborar en su misión universal!

Por último, como signo de esperanza, Hay que recordar que es obra del Espíritu, en y con los carismas, su carácter de futuro y de universalidad, unido a la acción misma del Santo Pneuma para preparar la venida del Reino de Cristo. Ciertamente con el mismo dinamismo misionero de la Iglesia y en la medida en que se mantenga la comunión con ella, ya que es la Iglesia, con su centro de comunión que es Papa, el lugar donde florece el Espíritu y está llamado un carisma a hacerse presente en el mundo, en los diversos pueblos y en las diversas culturas.

Es signo de esperanza la convicción que aunque los hombres puedan ser infieles a un carisma, el Espíritu, Él es capaz de resucitarlo si ha muerto, de fortificarlo si se ha debilitado, de renovarlo si se ha envejecido, de abrirlo a nuevas riquezas y generosidades si se ha quedado encerrado en sí mismo, manteniendo la continuidad carismática de los orígenes.

C. Eclesialidad y eclesialización del carisma

Todo carisma por definición y por naturaleza está al servicio del bien común de la Iglesia; por lo tanto, responde a un proyecto de Dios y a una acción incesante del Espíritu que lleva a la plenitud de comprensión y de vida el Evangelio de Cristo. Se entiende y se valora, pues, a partir de la visión de la Iglesia y de su misión, tiene en su entraña misma, como un fragmento del Espíritu, una dimensión de la santidad, de la catolicidad y de la apostolicidad de la Iglesia. Es una ayuda del Espíritu que sale al encuentro de las necesidades de la Iglesia. Todo carisma tiene que ser capaz de "decirse" en la Iglesia y de "decirse" a la Iglesia en relación con su misterio y con su misión.

Aunque la distinción no sea del todo aceptada y corriente, es conveniente hablar en este caso de eclesialidad y de eclesialización del carisma.

La eclesialidad es como una cualidad interna del carisma que lo ayuda a ponerse en sincera, absoluta y cordial comunión con la Iglesia, que le permite confiarse a la Iglesia para ser juzgado, discernido, aprobado. Es la capacidad que tiene todo carisma de mantener una firme y sincera comunión eclesial con el Papa, fundamento y signo de la comunión universal, con la doctrina del Magisterio, con los Pastores de la Iglesia, con la misión misma de la Iglesia. Podemos aplicar a los carismas el principio del Card. Ratzinger a propósito de la expansión de los carismas en la edad media, con su necesario recurso al carisma de Pedro, carisma de universalidad y de unidad, que los salvaguarda y los lanza con nuevo dinamismo desde el centro de la Iglesia.

La eclesialización del carisma supone una efectiva vivencia y experiencia de los valores de vida y de apostolado al servicio de la Iglesia universal y de la Iglesia local. Las familias religiosas no deben vivir para sí mismas, sino para la Iglesia y para el Reino de Cristo. No es eclesial el narcisismo de la autocomplacencia sino la donación servidora. La dimensión del servicio, vivir para Cristo y para su causa, es criterio de discernimiento y nota de madurez de las personas y de las Instituciones. Vivir en la comunión y en la misión es la única forma de mantener viva la vitalidad del carisma, su creatividad, sus posibilidades de suscitar energías nuevas, posibilidades escondidas, virtualidad todavía inéditas, encomendadas a la gracia y dinamismo del Espíritu Santo.

Por eso, una adecuada expansión del carisma ofrece de hecho la posibilidad de constatar la dimensión de catolicidad que tiene todo auténtico don del Espíritu a su Iglesia. Nacido en un contexto determinado y limitado, va haciendo camino con la Iglesia, se universaliza, se enriquece con el encuentro de nuevas vocaciones y de nuevas culturas.

D. Una auténtica perspectiva humanizadora a la luz del Evangelio

Precisamente porque cada carisma se radica en Cristo, en su persona y en su corazón, no es posible que falten en los Fundadores y en la propuesta de su espiritualidad una dimensión humanizadora, es decir una síntesis del principio de la Encarnación que ofrece en el carisma la posibilidad de equilibrar los valores de una humanidad nueva, a la luz de Cristo.

Normalmente en los carismas y en los Fundadores hay una concreta atención a la vida, a las personas, a los aspectos concretos de lo cotidiano, de su crecimiento, de sus dificultades. Todo carisma debe ser capaz de engendrar un hombre nuevo a la medida de Cristo.

Un criterio de discernimiento y de su solidez y fuerza está precisamente en la capacidad de concretar los valores espirituales y hacerlos estilo de vida, interior y exterior, comunitaria y apostólica.

Un auténtico carisma no puede dejar en el aire, en su proyecto y en su pedagogía, los aspectos fundamentales del vivir humano a la luz del Evangelio, y teniendo como modelo la figura de Cristo en su santa humanidad, transida del Espíritu, tratando de cubrir con equilibrio aspectos, necesidades, dimensiones del vivir humano. Al menos como una luz que desde el centro del carisma se difunda y difumine en todas las demás componentes de la vida, como son la vida espiritual y el trabajo, el orden y estudio, la ascesis y la comunión, el apostolado, la formación, el gobierno.

E. Dimensión mariana

Por último, aunque sea brevemente, no puedo menos de hacer esta sencilla anotación en la que creo profundamente. No se trata simplemente de afirmar que la devoción a la Virgen María ocupa o debe ocupar un puesto de relieve en toda espiritualidad carismática de la Iglesia. Es algo que no necesita una particular ilustración, si la espiritualidad de un carisma tiene que estar en comunión con la espiritualidad eclesial, y la espiritualidad mariana, como recuerda el Papa Juan Pablo II en su Encíclica *Redemptoris Mater* 48 es connatural a la Iglesia.

Se trata a mi parecer de algo más sustancial. En la medida que María es modelo de la Iglesia y en ella de todas las vocaciones, en ella podemos ver los carismas realizados y como eclesializados, si es verdad que la Iglesia tiene un perfil últimamente mariano (von Balthasar).

Por eso se trata de evidenciar el aspecto de la presencia y de la ejemplaridad de María en cada carisma, no sólo como una necesaria expresión de patronazgo y de devoción personal y comunitaria, sino también como una dimensión subjetiva, es decir interior, plasmadora de sentimientos y de actitudes del vivir la consagración y la misión desde esa perspectiva original que llamamos carisma. Aquí radica, en esta viven-

cia, una auténtica espiritualidad mariana que el Fundador intuye y propone. IV. Carisma y espiritualidad

Antes de abordar este último apartado o bloque de consideraciones es oportuno que pongamos una pregunta y tratemos de dar una respuesta.

Doy la palabra en este caso al P. Federico Ruiz que ha tratado explícitamente este tema: ¿poseen todos los Institutos una espiritualidad propia? Esta es su respuesta: Entendiendo por espiritualidad en sentido estricto una experiencia de vida personal y comunitaria original, definida como actitud y prácticas de vida cristiana integral, incluyendo la reflexión y elaboración doctrinal, entonces no creo que cada Instituto tenga una espiritualidad completa, original y diversa⁴.

Es una afirmación que se constata con los hechos ante determinados análisis que se pueden hacer de la espiritualidad de un Instituto. Y *a priori* se puede pensar que no pueden existir tantas síntesis de espiritualidad o espiritualidades cristianas cuantos son los institutos religiosos en la Iglesia.

Todo esto no es un problema de identidad, en cuanto que quien carece de una espiritualidad propia carecería de un verdadero carisma. En efecto:

a) No es necesario que todo carisma se desarrolle en síntesis doctrinal elaborada. Algunos carismas nacieron como gracias de vida y de acción, como respuesta a determinadas urgencias, y en esa línea han creado un estilo de vida. De él viven y se alimentan, ayudándose de elementos de vida cristiana y de espiritualidad común.

b) Hay algunos carismas que tienen en la gracia inicial una mayor originalidad, una experiencia más rica y una elaboración doctrinal más completa. Es el caso de Institutos que han tenido como Fundador un gran autor espiritual.

c) En otros casos se trata de una especie de constelación carismática de institutos en torno a una grande espiritualidad. Nacen así las familias espirituales en la Iglesia o los grandes movimientos.

Carisma y espiritualidad, en el sentido que cada carisma tiene que tener una espiritualidad propia y original, no coinciden. Lo que sí que es necesario es que cada carisma desde su propia visión ofrezca una síntesis de la espiritualidad cristiana y eclesial, acentuado aquí y allá lo que es propio, ofreciendo su propio estilo de ser, de vivir y de obrar.

Desde esta aclaración fundamental, es necesario sin embargo, que cada carisma posea para su vitalidad propia y desde la propia misión estas condiciones.

1º Una síntesis coherente y válida de los grandes principios de la espiritualidad cristiana

Sin pretender que cada carisma tenga su espiritualidad propia, como escuela de espiritualidad en la Iglesia, es absolutamente necesario que la dimensión espiritual de la vida consagrada ofrezca todos aquellos elementos que son necesarios a la luz de la teología dogmática con su necesaria repercusión en la teología espiritual, teniendo en cuenta que es importante que cada espiritualidad, cada carisma, se pueda definir por elementos seguros, teológicos y dogmáticos del ser y vivir cristiano, más que por acentuaciones periféricas o parciales. Una espiritualidad es más rica cuanto más tenga como punto de referencia los grandes misterios de la fe cristiana, los que le dan fuerza y originalidad al vivir en Cristo y para la Iglesia

La espiritualidad lo que contempla desde su perspectiva y urge desde su visión de las cosas, es precisamente la dimensión de experiencia, que no hay que confundir con el sentimiento o con una participación vibrante, sino más bien con el hecho de que haya una correspondencia entre los contenidos dogmáticos o teológicos de la espiritualidad o de una espiritualidad, el sentido objetivo de sus estructuras, y por otra parte con la conciencia real y las motivaciones reales con que se viven estos principios o valores. No basta la realidad espiritual afirmada en sus principios si no hay coherencia y autenticidad. Por eso la espiritualidad reclama su dimensión de experiencia, de asimilación y de camino progresivo. E invoca una auténtica pedagogía espiritual y un estilo de vida que encarne y concientice continuamente acerca de los valores. Si no con una gran espiritualidad en el patrimonio de un instituto no se forjan santos porque falta la coherencia y la encarnación.

La buena salud de una espiritualidad estriba en el equilibrio entre riqueza de valores objetivos y calidad de la experiencia concreta de quienes viven estos valores.

2° Una iluminación que alcanza la comunión con Dios, la vida fraterna, la ascesis, el servicio apostólico

En esta perspectiva no pueden fallar en la síntesis espiritual de un carisma algunos principios y valores que caracterizan la experiencia evangélica. Tales son, como los recuerda el P. Federico Ruiz⁵:

- 1) Mística: experiencia de Dios en Cristo con sus mediaciones.
- 2) Ascesis: opción y proyecto de vida coherente, con sus exigencias.
- 3) Comunidad: comunión con Dios, comunión de vida y de servicio.
- 4) Misión: sentido de la Iglesia universal y servicio apostólico concreto.
- 5) Forma de vida o estilo que unifica la existencia.

Estos factores constituyen el núcleo central de una experiencia religiosa y de su espiritualidad correspondiente. El acierto está en encontrar el centro unificador y luego establecer la dosis y proporción, el temple adecuado. El secreto de los grandes carismas estriba precisamente en este punto. Los Fundadores han recibido para ello una gracia especial del Espíritu, y han trabajado durante muchos años por definir la dosis exacta y la aleación de factores, defendiéndola de exageraciones y extremismos en una u otra dirección.

La unidad viene, pues, del centro unificador del carisma y de la luz que proyecta sobre cada uno de los elementos hasta unificarlos y dinamizarlos.

3° Una pedagogía coherente para proponer y hacer asimilar los valores

Todo carisma necesita una sabiduría pedagógica, toda espiritualidad tiene que convertirse en mistagogia: iniciación coherente, completa, progresiva de las personas que son los destinatarios de la gracia de la espiritualidad y tienen que convertirse en servidores del don del Espíritu a su Iglesia.

Un carisma sin pedagogía se queda en afirmaciones teóricas. Y por eso hoy es peligroso contentarse con las afirmaciones y los principios de espiritualidad si no hay capacidad de llevarlos a una coherente asimilación por parte de las personas. Es más,

se pueden crear ilusiones y espejismos, desequilibrios entre la belleza de los principios y la precariedad de las realizaciones.

No basta la afirmación canónica de que cada Instituto tenga una *Ratio Institutionis*. Conviene que haya un auténtico patrimonio pedagógico, puesto al día, capaz de plasmar las personas y ofrecerles la sabiduría. Cada uno de los que participan en la vida de un Instituto tienen que tener mas allá del entusiasmo de una identificación, la experiencia y el gozo del testimonio personal de quien ve por experiencia que la vida funciona, que el carisma es real, que el mensaje se encarna en la vida. Y todo esto supone, como en la mejor pedagogía espiritual:

- 1) La propuesta clara de los valores y compromisos.
- 2) El sentido concreto de encarnación de los valores en actitudes y estilo de vida.
- 3) La coherente constatación personalizada de la asimilación por parte de los formadores, con una imprescindible acción mediadora.
- 4) La paciente obra de acompañamiento espiritual y la perspectiva de un itinerario espiritual, a través de los senderos de formación, con una atención a la persona desde su libertad y con una gran capacidad de ponerla ante Dios, ante el único Maestro Cristo.

En definitiva, la pedagogía espiritual y sus frutos son los que acreditan el valor vital de una espiritualidad y de un carisma.

4º Una capacidad de dinamismo católico del carisma en comunión con la Iglesia

Una breve y última reflexión final para recalcar algo que ya está dicho en varias ocasiones.

Es de la esencia del carisma su proyección hacia el futuro, su dependencia del Espíritu, su necesaria comunión con la Iglesia. Iglesia en camino, Iglesia bajo el poder del Espíritu. El dinamismo católico al que me refiero es precisamente la capacidad que cada Instituto tiene de caminar con toda la Iglesia, con todo lo que es la Iglesia: doctrina, vida, comunión, misión, universalidad. Podemos afirmar lo que von Balthasar dice: todo está en el fragmento, pero el fragmento es fecundo y significativo en el todo. De aquí la atenta y vigilante actitud de comunión con la Iglesia y de camino con ella, de constante rejuvenecimiento bajo la acción del Espíritu para que la semilla de todo el fruto, para que crezca en extensión, en profundidad, en dinamismo de servicio.

Conclusión

Hemos hecho una somera exposición de algunas reflexiones acerca de la Espiritualidad y el carisma, desde una perspectiva general. Reflexiones que invitan a valorar el carisma y a realizarlo desde su más genuina esencia que es la de la espiritualidad. Espiritualidad que es palabra en aquel Espíritu que aparece un tanto escondido e impersonal, pero del que hay que desvelar el misterio.

Ya la experiencia del carisma en su nacer y desarrollarse lleva el sello del Espíritu!. Lo lleva la gracia de la llamada para vivir de ese carisma en comunión con el Fundador y la familia del Fundador. Lo autentifica el Espíritu al ayudar a realizar un verdadero patrimonio espiritual de la familia. Lo mantiene en la comunión y lo dinamiza en la misión eclesial.

La memoria del carisma, la fuerza de su vitalidad, la riqueza de una espiritualidad propia o de una espiritualidad sobre la cual el carisma proyecta una luz meridiana capaz de hacer brillar como perlas todo los elementos en una nueva síntesis, son motivos de gratitud y son también compromisos de fidelidad a algo que misteriosamente ha nacido del Espíritu y está encomendado a su dinamismo y a nuestra fidelidad.

Note

¹ En la redacción de esta conferencia me he inspirado en algunas páginas de F. Ruiz, *La espiritualidad de los religiosos: Características y tendencias más relevantes en el momento actual*, en AA.VV.. *La vida espiritual de los religiosos*, Madrid. Instituto teológico de vida religiosa, 1981, pp. 77-108.

² Una exposición del tema del carisma de los Fundadores en mi trabajo: *I Fondatori oggi, dono e sfida per il nostro tempo*, in *Crescere insieme in Cristo. La formazione permanente del religioso*, Città Nuova, Roma 1988, pp. 35-59.

³ *Llama de Amor viva*, 2, nn. 8-11.

⁴ Cf. a.c. pp. 83-90.

⁵ Cf. a.c., p. 86.